

Andrés Sabella

La niña errante de la bicicleta (1)

«En cuanto a creer, me siento pronto a creer todo lo increíble.—
OSCAR WILDE.



CUANDO su padre la entregó la bicicleta por la que ella enloquecía, montó, alegremente. El alba saltaba recién desde el trompeteo de los gallos y la niña iba en busca de vastos caminos que recorrer. Entusiasta, comenzó a pasar por las calles del pueblo; los faroles movían, impacientes, sus pesadísimos pies, y las casas tórcían la mirada, como reprendiendo a la que tan de madrugada amenazaba con llevarse por delante al horizonte, ¡así era de rápido el pedaleo de Floralia Niván!

Enrollando senderos a las ruedas de su máquina, saludaba, con cierta misericordia, a los postes, que no son sino peatones demasiado fatigados que decidieron torcer el camino y lo em-

(1) DOS CUENTOS MODERNOS.—Andrés Sabella y Vicente Parrini, alcanzaron un bello triunfo, en el concurso de cuentos organizado por «La Estrella» de Valparaíso con motivo de cumplirse el 25 aniversario de ese diario.

Andrés Sabella es autor de una novela, «Norte Grande» que fué acogida por la crítica con inusitado interés, discutiéndose con gran calor sus méritos y sus defectos. Sabella es un escritor de poderosa y viva inquietud. Un temperamento lleno de brío que se manifiesta en forma quizá si excesiva, pero brillante y novedosa para exteriorizar los diversos matices de su tem-

prendieron hacia arriba, quedándose, también, en la mitad... Los árboles obesos movían la cabeza en un «sí» y un «no» agradables. Y las piedras mordían el suelo, como queriendo recogerlo para que la niña se diera un costalazo ejemplar.

Ningún transeúnte hubiera inadvertido la obsesión con que Floralia movía sus piernas: ¡con tales movimientos se habría podido bombear entera el agua del océano! Floralia apeteció largamente la máquina, llegando a pensar que las ruedas de la bicicleta eran sus verdaderos ojos; extraños ojos en que las pestañas se volvían locas en un caos de ángulos y de vértigos, cerrando las visiones en finísima cárcel de invisibles barrotes.

Al atardecer, muy distante de su pueblo, era una reina prófuga con una diadema de perlitas transitorias y dos incendios en el rostro. La luna comenzó a caminar igual que la bicicleta de una rueda que usan los equilibristas en el circo: era una rueda mágica sin nadie en su mando, y tan hábil que no se venía cielo abajo... Aquí, es necesario confesar que estas ruedas son fraticidas: en complicidad con los equilibristas, matan, una noche, a su hermana y, así, comienzan su difícil celebridad. Para que nadie sospeche sacan ese aire de ruedas Abeles. Antes del Juicio Final, llegarán al Valle de Josafat las ruedas asesinadas y, entonces, será posible enloquecer con la caligrafía de tantas ruedas en el piso solemne, y con los relatos que oiremos de las que murieron de un navajazo de envidia...

Floralia Niván lanzó los ojos hasta el firmamento y le propuso a la luna sorprendida:

peramento de poeta y de prosista, flexible y rico en sugestionantes atisbos expresivos.

Vicente Parrini, ha escrito un cuento de fina y atrayente factura. Su sensibilidad lo incita hacia el cuento infantil, género tan poco cultivado en Chile. En una prosa limpia, de grata y hermosa sencillez, coge la atracción del lector desde las primeras líneas. Es un cuentista que sin esfuerzo, logra amoldarse a ese difícil arte de escribir para los niños y conseguir que a éstos les interesen sus relatos.

«Atenea», da a conocer estos dos cuentos, que ubican y definen aspectos muy interesantes de la personalidad de sus autores.

—¡Eh, te desafío a dar mil vueltas en torno al sol!

Calló la luna. Es ella «una señora a la antigua», y si debe andar sola, por las noches, se debe a razones que no hay para qué explicar, y mucho menos a una alocada e irrespetuosa adolescente. Además, no tenía la luna los años que requieren esfuerzos de esta naturaleza, y sus articulaciones, como es sabido, son pura azúcar... Una expedición de golondrinas que volaba en diverso sentido, aplaudió a Floralia, con impecable batir de alas. La niña, muy conmovida, quiso besarlas; pero, eran ligeras las golondrinas, y—rápidas—negreaban a lo lejos; se conformó con enviarles su larga bendición de Papisa del Movimiento Perpetuo.

No había tiempo que perder. Se tendió la noche por encima del paisaje, y las piernas de Floralia seguían girando, infatigables. Algunos planetas corteses decidieron acompañarla, para evitar que turbasen su recorrido las impertinencias de la obscuridad. De este modo, Floralia llevó un séquito más que real. Tenaz y resuelta, corría y corría. Los pueblos la vieron pasar, grávida de constancia vagabunda. Los campanarios se agacharon para indicarle señas y peligros. Los gallitos de las veletas cantaron en su honor. Las brújulas formaron su coro de alabanzas, y en el mundo surgió un ruido singularísimo que abatía al del mar.

Tanto anduvo Floralia, que salióse de la Tierra. A su borrachera de lejanías se le ofreció, ahora, una pista deliciosa, libre y tentadora. No dudó un segundo. Emproó hacia arriba. La bicicleta fué como por rieles misteriosos y succionantes. Los pájaros que no asoman por la Tierra, esos pájaros cuyas alas forman los terribles ciclones, se hicieron a un lado: ¡esta condenada ciclista debía poseer alas más fuertes que las suyas! Rodando y rodando, Floralia llegó, de golpe, a los pies de la poltrona de Dios. Era, sin duda, un desacato. Mas, ¡a lo hecho, pecho!

Saltó de la bicicleta y notó que una aguja de sed la hería la

garganta. Dios entendía que se hallaba frente a una «recordwoman» de «performance» impar. La ofreció un vaso de agua de lluvias coloreada con anilinas de arco iris, preguntando una simpleza, impropia de sus altísimas cualidades:

—¿Estás muy cansada...?

Floralia Niván contestó que ¡No! con la cabellera revuelta por el viento de cada país que atravesara, y en la que se notaban trocitos de estrellas y otras materias astrales. Dios se emocionó ante esta heroína sencilla y sorprendente. La sabía vencida por la fiebre. La atrajo a sus rodillas y principió a mecerla, canturreándole, con pésima voz, viejas nanas angelicales, hasta que la durmió. La bicicleta había adquirido una pátina violenta, y las llantas estaban próximas a ser como élitros de mariposa... Dejó a Floralia en cama, cogiendo la bicicleta con sumo cuidado. Llamó a un ángel y le ordenó que la depositara en el Museo Divino, junto al Arca de Noé, a la fórmula de la multiplicación de los peces y los panes, a la Cruz y al Paño de la Verónica.

Cuando Floralia despertó, la atrajo a su escritorio, sucio de palomas, y sostuvo con ella un diálogo breve y feraz:

—¿Piensas retornar a tu pueblo?

—¡Nunca!—replicó la niña. Quiero seguir adelante, ¡siempre en hambre de más allá!

—Ya no existe espacio para tus aventuras—reconvino Dios.

—¿Entonces...?

Dios, de súbito, como conviene a su cerebro tres veces prodigioso, creyó encontrar la solución de esta inquietud que le brincaba de los pies a la cabeza, a la desbordada de rutas:

—¡Quédate a mi servicio! El Cielo es la Felicidad.

—No lo creo—repuso, lista, la muchacha, con la boca llena de risa. La Felicidad no puede refugiarse en este jardín de barbas...

Las solemnísimas de Dios temblaron. Floralia suspiró. El Santo Padre, en pie, tronó:

—Pues bien, seguirás corriendo en bicicleta, ¡por los siglos de los siglos!

—¿Qué dices?—preguntó, ávidamente, la pequeña Virgen del Vértigo, la vencedora del ancla.

—Lo que oyes: ¡te nombro Inspectora de Estrellas!

Una bicicleta de oro apareció delante de un ángel mecánico. Floralia saltó sobre su cojinete y, sin siquiera despedirse de Dios partió, gozosa, a cumplir su fascinante cometido.